

— Pero le saldrá el tiro por la culata, dijo la otra; porque Magdalena buscará otro más rico, ahora que lo ha despojado, y lo encontrará. Es necesario que tome un hombre para cultivar sus fincas, y, mientras le sale uno á su gusto, conservará á ese gran imbécil que la sirve de balde y distrae de su viudez.

— ¡Si ésa es la marcha que sigue, dijo Mariquita despechada, en buena casa vivo! ¡Fuerza es que tome mis precauciones! ¿Sabe usted, mi pobre Severa, que soy una muchacha mal alojada, y que la gente va á hablar mal de mí? ¡Oh! yo no puedo seguir viviendo en tal casa y es preciso que me retire de ella. ¡Pues bien! la voy á plantar para irme á vivir con usted; y si se enfada, yo le contestaré; y si quiere obligarme á volver á su casa, le armaré un pleito y la daré á conocer, ¿entiende usted?

— Hay un remedio mejor, Mariquita, y es que usted se case cuanto antes. No le negará su consentimiento, porque estoy segura de que tiene vivos deseos de desembarazarse de usted. Usted estorba sus relaciones con el guapo del expósito. Cásese usted, pues, y elija el que yo le aconsejo.

— ¡Seal, dijo Mariquita rompiendo su cayado de un golpe contra el viejo manzano. Le doy á usted mi palabra. Vaya usted á buscarlo, Severa, que venga esta noche á casa á pedirme, y que nuestras amonestaciones se publiquen el domingo próximo.

XXIII

Nunca había estado Francisco tan triste como lo estuvo al salir de la ribera en que se había ocultado para oír aquella charla mujeril. Tenía sobre el corazón un peso como el de un peñasco, y, á mitad de camino, á su regreso, perdió casi el valor de volver á casa, y fué, por el camino de las Napeas, á sentarse en el bosquecillo de encinas que hay al extremo del prado.

Una vez allí solo, se puso á llorar como un niño, y su corazón se derretía de pena y vergüenza; porque estaba avergonzado de que le acusaran, y de pensar que su pobre amiga Magdalena, á quien había amado tan honesta y devotamente toda la vida, no sacaría de su servicio y de su buena intención más que la injuria de ser maltratada por las malas lenguas.

— ¡Dios mío! ¡Dios mío!, decía hablando para sus adentros, ¿es posible que la gente sea tan mala, y que una mujer como la Severa tenga la insolencia de medir con la suya la honra de una mujer como mi querida madre? ¡Y esa Mariquita, que debiera inclinarse á la inocencia y á la verdad, una niña que aun no conoce el mal, escucha sin embargo las palabras del diablo y cree en ellas como si conociese su mordedura! Enton-

ces, otros creerán también en ellas, y como la mayor parte de los mortales está acostumbrada al mal, casi todo el mundo pensará que si amo á la señora Blanchet y ella me quiere á mí, es porque hay amores ocultos.

El pobre Francisco se puso á hacer examen de conciencia y á preguntarse, en gran meditación, si de los malos pensamientos de Severa respecto á Magdalena, no tenía él alguna culpa; si había obrado bien en todo, si no había dado lugar á malas suposiciones, sin quererlo, por falta de prudencia y de discreción. Y por más que buscaba, no encontraba que hubiese podido hacer jamás semejante cosa, puesto que ni siquiera se le había ocurrido nunca.

Y siguiendo sus reflexiones, se dijo:

— Y aun cuando mi amistad se hubiese trocado en amor ¿qué mal encontraría Dios en ello, hoy que ella es viuda y dueña de volverse á casar? Le he dado una buena parte de mi pequeño capital, lo mismo que á Juanito. Pero aun me queda bastante para ser un buen partido, y no perjudicaría á su hijo tomándome por esposo. No habría, pues, ambición de mi parte aspirando á eso, y nadie podría hacerla creer que la amo por interés. Soy expósito, pero ella no mira eso. Me amó como á hijo, que es el más fuerte de todos los amores, y aun podría amarme de otro modo. Veo que sus enemigos van á obligarme á separarme de ella, si no la tomo por esposa; y antes que separarme otra vez, prefiero morir. Además, aun necesito de mí, y

sería una cobardía abandonarla en medio de las dificultades que atraviesa, cuando, además de mi dinero, tengo manos para servirla. Sí, todo lo mío debe ser suyo, y como ella me habla á menudo de satisfacerme á la larga, debo quitarle de la cabeza esa idea poniéndolo todo en común con el permiso de Dios y de la ley. ¡Vamos! ella debe conservar su buena reputación á causa de su hijo, y el matrimonio es lo único que le impedirá perderla. ¿Cómo es que yo aun no había pensado en eso, y que ha sido necesario que una lengua de serpiente me lo hiciera comprender? Yo era demasiado simple, no sospechaba nada, y mi pobre madre es tan buena con los demás, que no repara en sufrir ella perjuicio en beneficio de los otros. ¡Vamos! la voluntad del cielo siempre redundará en bien, y la señora Severa, al querer hacer mal, me ha prestado el servicio de enseñarme mi deber.

Y sin asombrarse ni consultarse más, Francisco se puso nuevamente en camino, resuelto á hablar en el acto á la señora Blanchet de su idea, y á pedirle de rodillas que le aceptase por sostén, en nombre de Dios y por la vida eterna.

Pero al llegar al Cormouer, vió á Magdalena que hilaba lana en la puerta, y, por primera vez en su vida, su cara le hizo un efecto que le llenó de timidez y de confusión. En vez de ir directamente hacia ella como de costumbre, y mirarla con ojos bien abiertos, y preguntarle si se encontraba bien, se detuvo sobre el puentecito, como si examinase la esclusa del molino,

y la miraba de soslayo, y cuando ella se volvía hacia él, Francisco miraba á otra parte, no sabiendo él mismo lo que tenía, y por qué una cosa que momentos antes le había parecido tan conveniente y á propósito se le hacía ahora tan difícil de confesar.

Entonces, Magdalena le llamo, diciéndole:

— Ven á mi lado, porque necesito hablarte, Francisco. Estamos solos, siéntate aquí, y ábreme tu corazón como al cura que nos confiesa, porque quiero que me digas la verdad.

Francisco se halló completamente confortado por estas palabras de Magdalena, y, después de haberse sentado á su lado, dijo:

— Tenga usted, mi querida madre, la seguridad de que le he dado mi corazón como á Dios, y que de mí recibirá verdad de confesión.

Y se imaginó que ella había oído quizá alguna palabra que le sugería la misma idea que á él, de lo cual se alegró mucho, y esperó que hablara.

— Francisco, dijo ella; ya vas para veintiún años, y puedes pensar en casarte. ¿Tendrías acaso idea contraria?

— No, no, no tengo idea contraria á la de usted, contestó Francisco poniéndose encarnado de alegría; siga usted, mi querida Magdalena.

— ¡Bien!, esperaba lo que me dices, y creo haber adivinado lo que te convendría. ¡Pues bien!, puesto que tal es tu idea, es la mía también y quizá lo haya pensado antes que tú. Esperaba conocer si la persona



AL TOMAR EL PUENTE, MARIQUITA ENCONTRÓ AL EXPÓSITO Á CABALLO SOBRE LA TABLA

te pondría cariño, y se me figura que si aun no le tiene, no tardará en tenerlo. ¿No crees tú lo mismo, y quieres decirme en qué estáis?.. ¿Y bien? ¿Por qué me miras con aire confuso? ¿No hablo bastante claro? Pero veo que te da vergüenza, y que es preciso ayudarte. ¡Pues bien!, ella ha estado de hocico toda la mañana, la pobre, porque anoche le dijiste algunas palabras mortificantes, y se figura quizá que no la quieres. Pero yo he visto bien que sí, y que si la reprendes un poco por sus pequeños caprichos, es porque tienes una miajita de celos. No hay que hacer caso de eso Francisco. Es joven y bonita, lo cual es peligroso, pero si te quiere de veras, se volverá juiciosa á satisfacción tuya.

— Quisiera saber, dijo Francisco muy afligido, de quién me habla usted mi querida mamá, porque no lo comprendo.

— ¿De veras?, dijo Magdalena, ¿no lo sabes? ¿Habré soñado yo eso ó tu quieres ocultármelo?

— ¿Yo secretos con usted?, exclamó Francisco cogiendo la mano de Magdalena; y dejó luego la mano para coger la punta de su delantal que estrujó como si estuviese algo encolerizado, y que acercó á sus labios como si quisiera besarlos, y que dejó al fin, como habla hecho con su mano, porque se sintió como si fuese á llorar, como si fuese á enfadarse, como si fuese á tener un vértigo, y todo esto seguido.

— Vamos, dijo Magdalena asombrada, tienes pena, hijo mío, y eso prueba que estás enamorado y que las cosas no van como quisieras. Pero te aseguro que Ma-

riquita tiene buen corazón, que tiene pena también, y que si le dices abiertamente lo que piensas, ella te dirá por su parte que no piensa más que en ti.

Francisco se levantó y sin decir nada, anduvo un poco por el patio; y volvió luego y dijo á Magdalena:

— Me extraña mucho la idea que se ha formado, señora Blanchet; en cuanto á mí, yo no he pensado nunca tal cosa, y sé muy bien que la señorita Mariquita no me quiere.

— ¡Vamos!, ¡vamos!, dijo Magdalena, ¡el despecho te hace hablar así! ¿No he visto yo acaso que tenías conversaciones con ella, que le decías palabras que yo no oía, pero que ella parecía escuchar, puesto que se le encendía la cara como un ascua? ¿No veo yo que abandona el pasturaje todos los días y deja su rebaño al cuidado de un zagalejo? Lo que en ello ganan sus ovejas, lo pierden nuestros trigos; pero no la quiero contrariar, ni hablarle de ovejas cuando no piensa más que en amor y en el matrimonio. La pobre niña está en una edad en que se guarda tan mal el corazón como el rebaño. Pero es gran suerte para ella que en vez de enamorarse de alguno de esos calaveras que yo temía que conociese en casa de la Severa, haya tenido el buen acuerdo de prendarse de ti. Es también una gran dicha para mí el pensar que casado con mi cuñada, que considero como si fuera hija mía, vivirás á mi lado, serás, de mi familia, y podré, albergándoos, trabajando con vosotros y educando á vuestros hijos, pagarte todo el bien que me has hecho. Por consiguien-

te, no destruyas, con ideas de niño, la felicidad que cifro en todo esto. Ve claro y cúrate de tus celos. Si á Mariquita le gusta acicalarse, es porque quiere agradarte. Si se ha vuelto algo perezosa de poco tiempo acá, es porque piensa demasiado en ti; y si alguna vez me habla con un poco de vivacidad, es porque la ponen de mal humor vuestras picoterías y no sabe contra quién revolverse. Pero la prueba de que es buena y quiere ser juiciosa, está en que ha conocido tu juicio y tu bondad y te quiere por marido.

— Usted es la buena, mi querida madre, dijo Francisco con tristeza. Sí, usted es la buena, que cree en la bondad de los otros y se deja engañar. Pero yo le digo á usted que si Mariquita es buena también, lo que no quiero negar por no afearla á los ojos de usted, lo es de un modo que en nada se parece al de usted, y que, por esta razón, no me gusta nada. Por consiguiente, no me hable más de ella. Le juro por mi fe, por mi sangre y mi vida, que estoy tan enamorado de ella como de la vieja Catalina, y que si ella lo estuviese de mí, sería para ella una desgracia, porque yo no la correspondería. No trate, pues, de hacerle decir que me ama; demostraría usted poca prudencia y me crearía usted un enemigo. Al contrario, escuche usted lo que le dirá esta noche, y deje que se case con Juan Aubart, por quien se ha decidido. Que se case cuanto antes, porque no se encuentra bien en esta casa. No le gusta vivir aquí y no le proporcionará alegría ninguna.

— ¡Juan Aubart!, exclamó Magdalena; no le conviene; es un necio, y ella tiene demasiado talento para someterse á un hombre que no tiene ninguno.

— Es rico y ella no se le someterá. ¿Quiere usted tener confianza en su amigo, mi querida madre? Ya sabe usted que nunca la he aconsejado mal, hasta ahora. Deje usted partir á esa joven, que no la quiere como debiera; ya no la estima por lo que usted vale.

— El disgusto te hace hablar así, Francisco, contestó Magdalena poniéndole la mano sobre la cabeza y sacudiéndola un poco como para hacer salir de ella la verdad. Pero Francisco, enfadado de ver que no quería creerlo, se retiró y le dijo en tono descontento (y era la primera vez de su vida que sostenía una disputa con ella): — Señora Blanchet, no es usted justa conmigo. Le digo á usted que esa chica no la quiere. Me obliga usted á decirlo, á pesar mío; porque no he venido aquí á traer la desunión y la desconfianza. Pero en fin; si lo digo, es que estoy seguro de ello; y ahora ¿cree usted todavía que la amo? ¡Vamos! usted es la que ya no me quiere, puesto que persiste en no creerme.

Y, loco de aflicción, Francisco se fué á llorar á solas en la fuente.



Y, LOCO DE AFLICCIÓN, FRANCISCO SE FUÉ Á LLORAR Á SOLAS EN LA FUENTE